

DISCURSO DEL MINISTRO DE EDUCACION NACIONAL

«He aquí Señor, en disciplinada actitud de revista militar, a lo más florido del mundo intelectual español. Hoy la falange de la cultura presenta armas ante su Caudillo. Están compactos los cuadros y las unidades de este ejército de la Ciencia. No falta nadie. Aquí están los que mientras Vos ganábais la guerra de nuestra liberación con la espada, combatían espiritualmente a vuestro lado encendidos en una misma unidad de fe, esgrimiendo con singular maestría el vivo ariete de la idea, la palabra o el razonamiento para hacer expugnables y caedizas las murallas altivas del error. Aquí, esa joven y predestinada generación que nos salvó a España por el dolor y por la sangre y supo hacer de su vida un luminoso sacrificio alegre. Y aquí también, Señor, como en todos los instantes en que España vibra con un mismo acorde inmortal, hoy como siempre al amparo del vértice único que justifica en último término la razón suprema de nuestra unidad, nos hemos cobijado para la celebración de este acto, bajo la sombra protectora del símbolo de la Cruz.

Esta es, Señor, la gran parada de la cultura hispánica, que ha elegido este momento para rendir honores a un Caudillo admirable que tuvo la virtud de reivindicar para ella el rango de la más acrisolada aristocracia. Por eso hoy, estudiantes y maestros, catedráticos e investigadores, los que han hecho del estudio un acto de servicio y los que se han consagrado al cultivo de la Ciencia como la más noble contribución al acuciante imperativo de la Patria, se agrupan en apretada fila para ofreceros en este acto el homenaje limpio de su clara y desnuda fidelidad.

Son éstos, Señor, cuadros leales. No cabe en ellos otro afán que el del trabajo tenaz, generoso y fecundo de cada hora cumplido en el recogimiento de las Cátedras, los Seminarios, o los Laboratorios como la más delicada y solemne misión de honor. Hay aquí sumadas muchas horas de desvelo, muchas frentes encanecidas, demasiadas vidas medio enterradas de libros durante años enteros en el augusto silencio de las bibliotecas para que no figuren estos hombres, que así viven y mueren, entre los fieles servidores de la grandeza histórica de España.

Mas para la eficacia de estas dos formas de heroísmo—el bélico y el científico—hacía falta un estímulo poderoso que los acuciase, encendiendo en ellos el aliento de un fervor español. Para esta obra ingente de levantar a España, de aventurarla en nuevas rutas de ambición y trabajo, de espolear su ritmo, de ennoblecer y remontar su vuelo, saben, tanto los que hoy visten uniforme castrense como los que se cubren con las nobles mucetas doctorales, que un hombre—erguido con su espada de luz en uno de los más dramáticos vértices de la Historia—pudo encarnar este brio poderoso por el que nuestra Patria supo despertarse milagrosamente, antes de que la muerte la sorprendiese soñando, de su viejo y sombrío adormecimiento. Este hombre es el Caudillo de España, al que hoy la Ciencia española quiere, con su presencia en este acto, simbolizar una forma de rendida contribución al más alto y generoso mecenazgo político que nuestra Historia haya conocido.

Esta Ciudad Universitaria es una prueba de ello. Un espíritu de indiferencia hacia las diversas manifestaciones de la cultura hubiera hecho imposible esta empresa singular de reconstrucción. Sólo un sentido de profunda inquietud por los problemas del espíritu—traducidos por la obra trascendente de la docencia o de la investigación—ha conseguido lograr la prodigiosa transformación de este glorioso paisaje de ruina.

Fué, sin embargo, inevitable la obra devastadora de la guerra. Tuvo aquí ésta caracteres de símbolo. El fuego y el plomo

recorrieron el ámbito del escenario bélico para purificar el espíritu que se encerraba detrás de sus muros.

Porque nuestra guerra no se hizo solamente para acabar con unos hombres o para sustituir unos partidos. La Cruzada de nuestra liberación se hizo para concluir con el estilo de ser de una época en la que el pensamiento y la inteligencia, el cultivo de las letras y la consagración a las artes, la fábrica y el taller, el foro y la Universidad, todo, en fin, había equivocado su camino. Cuando España seguía derroteros de muerte sonó el clarín de nuestra Cruzada como grito de alerta que denunciase el riesgo.

La guerra convirtió entonces en ruinas estos muros. Y fué entonces también cuando el viento limpio de las alturas de Somosierra y de las cumbres velazqueñas del Guadarrama bajó, con el clamor de nuestras canciones militares y el ondear de nuestras banderas, hasta esta pobre llanura de Madrid para que aquel aire puro de nuestra Castilla teológica e inmortal barriese de una vez para siempre las penumbras ideológicas y doctrinales que enrarecían el ámbito de la vieja Universidad española, en la que la juventud—cortadas las alas del entusiasmo y de la fe—se ahogaba paulatinamente en un trágico torbellino de odios y resentimientos.

De aquellas ruinas, un milagro de fe ha levantado esta arquitectura. Mas, hubiera sido inútil tal esfuerzo si no le hubiese acompañado otro afán que el de la pura obra materializada. Al lado de ella, un trabajo de reconstrucción espiritual se ha elaborado durante estos dos últimos años. A una Universidad que revive en su forma, tenía que corresponder una Universidad de nuevo contenido. España ha alcanzado así, paralelamente, la instauración, con la piedra nueva, del nuevo orden universitario.

La paz de España nos reclama ahora para una trascendente misión. Ordenada la vida universitaria dentro de una concepción entera, varonil y cristiana de la tarea que ha de asumir la futura Universidad, era ya sazón oportuna para que las aulas de esta Ciudad Universitaria se abriesen gozosamente ante una perspectiva esperanzada de estudio y de trabajo. Es verdad que

el mundo se debate en una de las más dramáticas contiendas que haya podido recoger la Historia; mas si por especial Providencia divina el genio político de un Caudillo excepcional mantiene a nuestra Patria alejada prodigiosamente de aquella angustiadora tiniebla universal, es porque, sin duda, a España le corresponde en estos momentos una irrenunciable tarea que asumir: la de preparar a sus juventudes, que antes ya conocieron los duros sacrificios de la Milicia en los confines de la propia geografía hispánica, para afrontar el otro sacrificio, no menos amargo y exigente, que impone la vida de la paz.

Es un hecho cierto que los pueblos entran en la guerra con más facilidad de la que salen de ella. La liquidación de todas las contiendas bélicas supone, en la mayor parte de los casos, una crisis del sistema moral por el que se articula la vida de los pueblos. Acaso esta realidad histórica tenga su inexorable cumplimiento en el instante en que con el sonido del último disparo se inaugure en el mundo la Era difícil de la paz.

España ha concebido las líneas de su vida futura bajo la meditación de este grave problema. Por ello se ha esforzado en multiplicar su actividad en esa zona que representa, al lado de los sistemas caedizos y de las fórmulas transitorias, la política permanente y eterna de la cultura. Contra la leyenda de una decadencia de Occidente, España, depositaria desde hace siglos de los valores espirituales más representativos de esa civilización occidental, siente sobre sí la grave responsabilidad de esta hora. Frente al derrumbamiento de los dogmas políticos, ante la arrogadora pleamar del materialismo histórico, nuestra Patria habrá de levantar en alto la bandera de su fe y los inquebrantables postulados de su moral. Por penosa que pueda parecer nuestra tarea, nada podrá detenernos en el destino histórico de nuestra misión.

Los que vengan aquí sólo para obtener el fácil galardón de un título académico, ni nos importan, ni nos son necesarios. A los que busquen a través del estudio el servicio de las supremas

exigencias de la Patria, a los que pongan su inteligencia a contribución de nuestra grandeza histórica, a quienes escuchen la vocación de la ciencia no como un instrumento de su vanidad personal, sino como una sirte recatada en la que el espíritu se solaza en dar gloria a aquel pueblo sobre cuya tierra floreció, a éstos sí que la nueva Universidad ha de abrir amorosamente sus brazos, porque ellos serán los que, cuando el mundo haya perdido la razón, mantengan todavía el pulso firme y la serena inteligencia de la cordura.

No puede ser otro el significado de este acto en un día en el que se celebra la conmemoración histórica de hoy. Pero, además, este momento exige una doble afirmación de gratitud y de recuerdo. De gratitud a los miembros de la Junta Constructora de esta Ciudad Universitaria, que con tanto celo han seguido las consignas que yo, como Ministro de Educación Nacional, les he dado en nombre de nuestro Caudillo. Y de recuerdo para la figura egregia de D. Alfonso XIII, fundador de esta Ciudad Universitaria, cuya iniciativa secundaron con tanto ardor el General D. Miguel Primo de Rivera, Jefe insigne de su Gobierno; don Eduardo Callejo, aquí presente, a quien rindo el homenaje de mi emoción y mi respeto, Ministro entonces de Instrucción Pública, y los miembros de aquella primera Junta Constructora.

Vencidas las vicisitudes del tiempo y del azar, la obra está de nuevo en pie. Ello equivale a decir que, aunque es cierto que España lleva sobre sí el peso de los siglos, su misma vieja historia antes le da brío de madurez que le alicorta el entusiasmo. Por eso no son sus empresas efímeros empeños que decaen en el transecurso de una jornada. Calan hondo sus cimientos, y su visión se tiende sobre los más dilatados horizontes. España sabe meditar y medir. Tal es la razón de que para afirmarse en su realidad política actual se inscriba abiertamente en el ciclo de las culturas universales que, pase lo que pase, no han de perecer.

A esto equivale el hecho de que la apertura del curso académico en este año de 1943 se verifique en una Ciudad reconstruída

sobre un escenario de guerra. Porque quizá ningún ámbito más adecuado para el estudio y la meditación que aquél que fué testigo del heroísmo y de la muerte. Esta es la causa de que aquí quiera precisamente rendiros el homenaje de su adhesión la noble Milicia de la cultura.

Dios haga, Señor, que vuestra presencia en este acto sea como el símbolo de las águilas augurales en las fastas coyunturas de la historia de la Humanidad.

¡Arriba España! ¡Viva Franco!